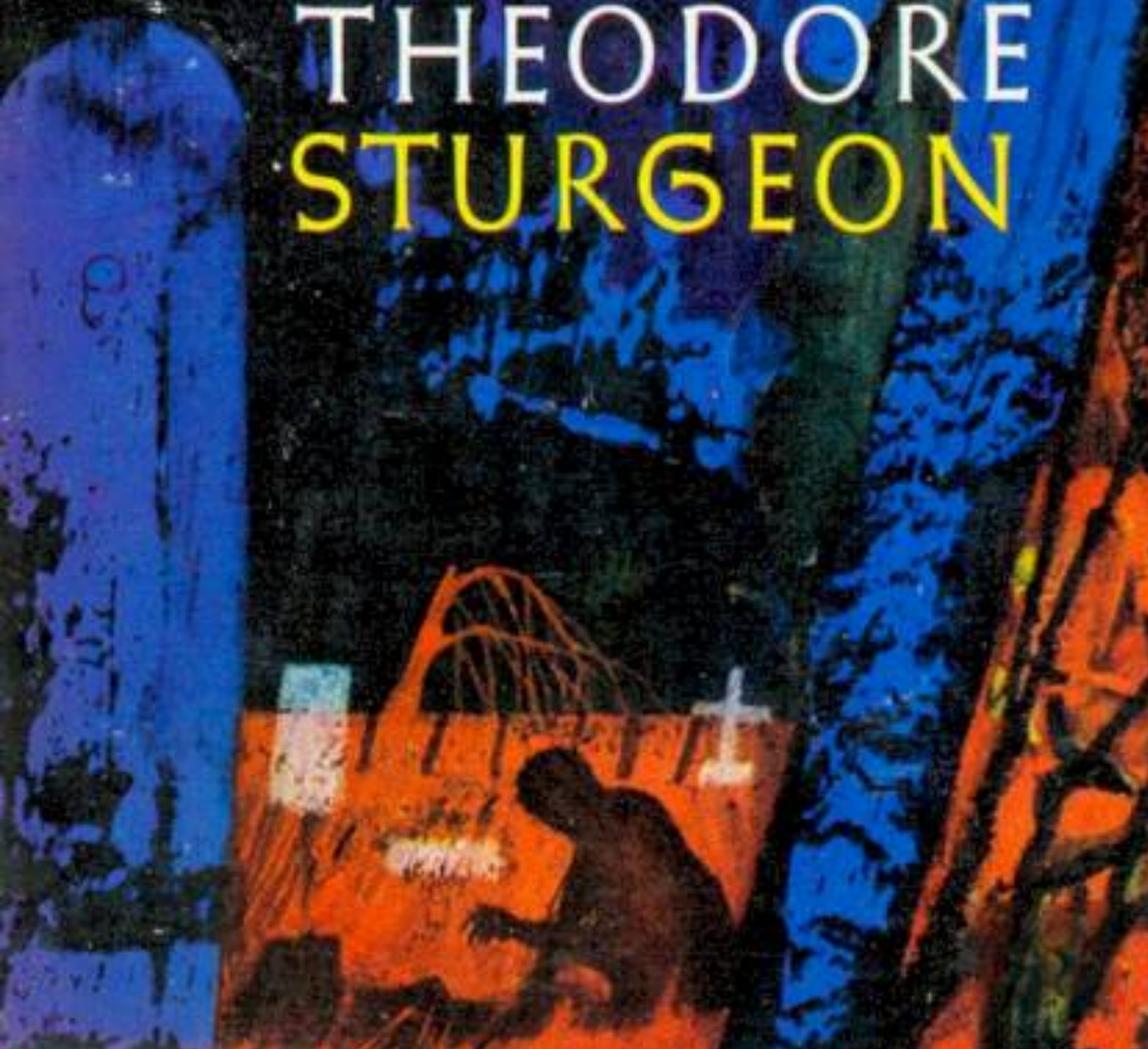


Un poco  
de tu  
Sangre

THEODORE  
STURGEON



George Smith, un soldado, ha sido apartado del servicio y analizado psicológicamente por el ejército para descubrir los motivos que le llevaron a actuar violentamente contra un oficial. El psicólogo le pide que narre su propia historia en tercera persona, lo que comienza el relato en sí en el que George narra su infancia.

*Un poco de tu sangre* es una novela corta de vampiros escrita en 1961 por el autor **Theodore Sturgeon**. Es uno de los pocos relatos extensos de este autor, en el que introduce el vampirismo a través de la perspectiva de la psiquiatría.

*... pero, primeramente, unas palabras:*

*Conoces el sitio. Tienes la llave. Y este es tú privilegio.*

*Vete a casa del doctor Philip Outerbridge. Entra dentro... Tienes la llave. Sube las escaleras, llega al final del corredor y gira a la izquierda. Es el gabinete de estudio del doctor Phil; una estancia realmente muy confortable y bien amueblada, bien provista de todo: libros, divanes, libros, mesa despacho, lámparas, libros, libros. Vete al despacho. Siéntate. Eso es. Abre el cajón a tu derecha, el de más abajo. Es uno de esos cajones hondos y dobles. ¿Está cerrado? Pero tú tienes la llave. Adelante.*

*Ábrelo; más todavía. Casi del todo. Eso es. ¿Ves todas esas carpetas-archivo? Forman una masa compacta. Observarás que están contenidas en una especie de armazón con forma de caja. Bien, levántala. (Será mejor que te pongas en pie; pesa.) Eso es.*

*Debajo, tendidas a lo largo, hay una media docena de carpetas. Simplemente carpetas corrientes. Tal vez estén puestas así para nivelar la caja con las otras; bien, indudablemente lo hacen. Tal vez, también, estén así para que queden escondidas, ocultas, secretas. Ambos supuestos «tal vez» pueden ser ciertos. Y tal vez estén ahí porque son valiosas, ahora o más tarde. Es valioso el dinero, como son valiosas la sabiduría y la consideración, y tienen también su valor el sentimiento, la nostalgia. Añade estos últimos a los demás valores. No los destruyen. Y ten bien presente que una de las seis carpetas, cualquiera de las seis, puede ser cualquiera de estos valores o todos. Puedes mirar el contenido de una de ellas. La segunda empezando por arriba.*

Observarás que, al igual que las demás, lleva una etiqueta con el nombre de «Doctor Outerbridge», y en anchas mayúsculas rojas, leerás: «PERSONAL - CONFIDENCIAL - PARTICULAR».

Pero sigue adelante. Sigue con decisión; sácala, vuelve a colocar debidamente la caja, cierra el cajón, enciende la lámpara y ponte cómodo. Puedes ir leyendo los papeles contenidos en esa carpeta.

Mas, primero, apoya las manos en el liso cartón de color amarillento cremoso, cierra los ojos y medita acerca de esa carpeta que lleva el letrero de «CONFIDENCIAL» y que está escondida en un cajón cerrado.

Piensa en cómo fue rellena hace algunos años, cuando el doctor Phil era un joven psicólogo del personal de un vasto hospital militar neuropsiquiátrico. Dado que le faltaban dos meses para cumplir la edad requerida para el ascenso, obtuvo la graduación de sargento nada más. Sin embargo, desde su primer año de Universidad, se ejerció como interno en la práctica del diagnóstico psicológico y tratamientos, en una famosa clínica universitaria, donde obtuvo el diploma de graduado en Psicología Médica.

Era en tiempos de guerra, o algo muy parecido. El hospital estaba sumergido, inundado, superpoblado. El personal tenía que aprender los mismos trucos nuevos, resolver los mismos apuros desconocidos, trabajar las mismas horas complementarias que cualquier otro personal de cualquier otro establecimiento que tuviera algo que ver con los tejemanejes de la guerra, ya fuesen ingenieros navales o profesores de lenguas bálticas.

... Algunos de estos profesionales de la Medicina, al igual que algunos armadores o profesores, estaban agobiados por las excesivas horas de trabajo, por la poca ayuda, por las pocas facilidades y las demasiado abundantes tradiciones. Empero, consideraban como el mayor de sus agobios la constante, abrumadora y obsesionante falta de medios de perfeccionamiento y calidad.

Algunos mecánicos, en las factorías de construcción de tanques, apretaban cada tuerca realmente a fondo; algunos soldados se preocupaban de veras de remachar adecuadamente las ensambladuras.

Algunos doctores, por consiguiente, trabajaban también a conciencia, y nunca dejaban de esmerarse en lo que estuvieran haciendo, lo mismo si era pesado o dificultoso, y proseguían impasibles su tarea, aunque de pronto el mundo entero se convirtiera en enemigo. Continuaban en el cumplimiento de su deber, aunque el mundo entero les dijese «abandona», «no te preocupes por los detalles», «¿qué importancia tiene?»...

Por lo cual, tal vez el valor de estos documentos y su secreto, radique en su facultad de evocación y de recuerdo. Abre ya y vete reviviendo lo escrito. Vaya, esto fue un triunfo. Caramba, ahora una tragedia. Diántres, aquí se cometió un tremendo disparate cuya expiación o enmienda nunca podrá tener lugar..., pero se convirtió en un error que, precisamente porque fue cometido, nunca podrá cometerse de nuevo.

Y aquí se habla de la muerte, de lo que mata, de lo que va quitando la existencia. Aquí aparece lo que entonces era mi gran percepción, mi inspiración, lo que fue un día mi código y mi inmortalidad.

Bueno, y aquí está el fracaso; creo que podría ser el fracaso de cualquiera. Yo... Ruego a Dios que nunca pueda yo descubrir que otro hubiera podido tener éxito en algo, en alguna minucia que yo pude hacer y no hice. Y aquí hay..., en fin, es mucho lo que puede irse diciendo de cada una de estas carpetas, guardadas primero bajo cerrojo, después en un escondrijo y, finalmente, con una declaración de secreto reservado.

Pero ahora abre tus ojos y mira la carpeta que tienes delante. En su borde, en la oreja del índice, está escrito con letras mayúsculas:

## “GEORGE SMITH”

*Las comillas fueron laboriosa y meticulosamente trastadas, casi como un 66 y un 99.*

*Adelante.*

*Ábrela.*

*Ya sabes cómo se hace. Tienes la llave. Y es tu privilegio, tu libre albedrío. ¿Te gustaría saber por qué? Pues porque tú eres EL LECTOR, y todo es invención. Que sí, que sí que es pura invención. En cuanto al doctor Philip Outerbridge, también es pura invención y, por tanto, no se opondrá, ni le importa. Por consiguiente, sigue adelante... Él no te hará ningún reproche. Estás totalmente a salvo.*

*De verdad, realmente, sí que es invención. Sí, eso es...*

### 1

*Aquí hay una carta escrita a máquina en un papel que muestra señales de haber sido cortado en su parte superior, como si se hubiera querido suprimir el membrete. Las letras O-R sobre la fecha imitan los caracteres de impresión, pero están escritas a mano, con tinta, grandes y claras.*

«Hospital Base HQ.

Portland (Oregón): conocido también por

Departamento del Personal Subalterno.

Freudsville (Oregón).

O-R

12 de enero

Querido Phil:

Primero y antes que nada observa la anotación O-R inscrita arriba. Quiere significar Extraoficial<sup>[1]</sup> y debo comunicarte que lo es en su totalidad. Por lo tanto, si vuelves a

verlo otra vez, no necesitarás aclaración alguna. Cualquier cosa que pueda obtenerse por medio de una abreviatura y en cifrado es una gracia divina para mí, especialmente desde que me encomendaron la administración de esta casa de chiflados sin que por ello me relevaran del cuidado de tu antro de orates. Me excusarás los vulgarismos de lego, querido doctor; créeme, me sientan bien.

En sobre aparte y eminentemente oficial, y a través de las consabidas vías jerárquicas, encontrarás las órdenes que te doy relativas al expediente AX-544. Soy el coronel y tú eres el sargento. Soy el administrador y tú solamente eres uno del personal. De ahí las órdenes.

Por otra parte, somos viejos amigos y eres más veterano que yo en tu especialidad, por lo menos seis veces elevado al cuadrado. El hecho —no mencionado en las órdenes— es que hemos dado la clase de patinazo que no permite considerarlo resuelto con decir: «Sopla, usted perdone...».

Se trata de un soldado que fue sacado de un sector de Ultramar y embarcado de regreso con la etiqueta de «Psicosis, sin determinar» y con una nota complementaria de «Peligroso, violento», escrita por un cabeza de chorlito de comandante de Sanidad Militar. Esta nota pudo ser dictada por un simple rencor, derivado del hecho de que el soldado le rompió las narices al comandante.

De acuerdo a las diferenciaciones que ahora se estilan, tal vez pueda ser un criminal, pero desde luego no creo que sea un demente. A mí me parece que hizo lo que debía hacer; mas para la ofuscada apreciación del comandante aparece como un hecho demencial pegarle a un oficial, y, por consiguiente, se le envió a tu academia de la risa en vez de ir a parar a una trinchera.

Lo que complica las cosas es que a este tipo lo hemos perdido, se nos ha extraviado. Con todo el revoltijo de papeleo, cambios de personal y jaleos oficinescos, este G. I. ha quedado atascado en una celda acolchonada y solitaria desde hace ya tres meses, sin diagnóstico ni tratamiento, y

si cuando ingresó no podía clasificársele como merecedor de los cuidados que dedicas a los otros chiflados, ahora es endemoniadamente seguro que los debe necesitar.

Sea como fuere, resalta ahora el asunto como la peor clase de negligencia, por no decir injusticia. En su virtud, lo que quiere significar en la orden oficial los términos «diagnóstico y tratamiento», es esto: por favor, Phil, te lo pido de rodillas, procura que ese hombre salga de ahí y fuera del Ejército de modo que no haya escándalo, consecuencias judiciales ni titulares.

Aparte la importancia del asunto en sí mismo, tenemos también que apechugar con los casos triviales. Necesitamos la cama de ese soldado. Necesito esa cama... y posiblemente la necesitaré para ocuparla en persona, si esta clase de pejiquera vuelve a suceder.

Confío en que sabrás resolverlo con talento, Philip. No solo tienes que emitir un sólido diagnóstico, sino uno que tenga solidez a toda prueba. La compensación o remuneración para el citado soldado, tanto si sabe apreciarlo como si no, puede estribar en que su castañazo al comandante con mente de becerro, le ha salido gratis.

Tu ausente casero,

AL.

P. S.: Para completar la chanza, acabo de enterarme de que el arriba mencionado comandante, llamado Manson, se convirtió en difunto, en acto de servicio, al estrellarse con un C-119. Consta en la respuesta a mi petición de cualquier expediente adicional que pudiera él tener acerca del sujeto paciente. No existe ningún expediente.

A. W.»

(Sigue una copia al papel carbón de una carta.)

«Hospital Flotante, 2.

Smithton Township (California). Conocido también por:  
Departamento camas para convalecientes.

Rancho Reik (California).

O-R

14 enero

Querido Al:

Diagnosticas diestramente por correo. Seguramente has debido estudiar la técnica por la cual el curandero te envía un pañuelo de diez dólares. Te lo pasas por la cara, se lo devuelves y él te dice que sufres de lumbago de cocinera. Hoy me pasé media hora con el sujeto en cuestión (honestamente, fue todo el tiempo que pude escarbar del horario), y le encontré en el fondo de una cala, completamente a solas en una celda. Muy cortés, muy tranquilo. Si bien no brinda la menor explicación, contesta correctamente. No hubo inconveniente en insinuarle alguna esperanza. Todo lo que desea es salir, y le sugerí la idea de que si coopera conmigo es posible que consiga su deseo. Resultó patéticamente ansioso de complacer. Por una vez, y es probable que sea la única, me alegro de no ser oficial. No le gustan los oficiales. Y como dijiste, si encerrásemos en celdas solitarias a cada G. I. que tiene tal sentimiento, tendríamos que evacuar por completo el estado de California para alojarlos.

En esta primera visita, no disponiendo de nada para hacer ningún test —ni siquiera tiempo, ¡maldita sea!— envié a buscar una libreta y algunos bolígrafos y le dije al paciente que escribiese la historia de su vida tal como se le ocurriese, sugiriéndole que le ayudaría el escribirla en tercera persona. Esto le tendrá ocupado hasta que pueda volver a ver-

le, lo cual sucederá pronto... y sería aún más pronto si autorizases la requisa de un día de treinta horas y un eliminador del sueño para mí.

Tu agotado,

PHIL».

(Sigue la tercera o cuarta copia al carbón de una transcripción mecanografiada.)

### RELATO DE GEORGE

«La primera vez que alguien oyó hablar de George fue en aquella enorme área de acantonamiento militar fuera de Tokio y estaban todos tan atareados, que le endilgaban un lote de trabajo a gente que habitualmente no se ocupaba en este género de faenas. Lo cual es la costumbre en el Ejército: miles de tipos sentados aguardando y unas pocas docenas matándose a trabajar. Una de esas cosas llevadas así era el correo.

El correo tenía que ser censurado a causa de los datos militares, y en esta guerra particular, únicamente debían censurarse ciertos datos militares especiales. Todo lo demás no era asunto de nadie, sino de quienquiera que escribiese la carta.

A pesar de ello, algún teniente que tenía que saber lo que debe hacerse, no hizo lo que debía hacer, y quedó muy intrigado por una de las cartas que se suponía debía saber censurar.

Se la llevó a un amigo suyo que resultó ser un comandante de Sanidad, pero este comandante no era solo un simple doctor, sino también un psiquiatra. Leyó la carta y le dijo al teniente que aquello no era de su incumbencia, ya que el contenido no era de carácter militar, cosa que el te-

niente ya sabía. Y esto no benefició el resultado, porque, ahora, quien tenía la carta era el comandante y lo consideró una lata, por lo cual ordenó que se presentase el soldado que la había escrito.

Al día siguiente, el comandante rebuscó por su despacho, y abrió la puerta que comunicaba con el pequeño cuarto donde el soldado se hallaba esperando. El comandante tenía una carpeta archivadora en su mano con muchos papeles. Dijo:

—Entre... usted... —y miró a los papeles—, usted, Smith.

El soldado entró, y el comandante cerró la puerta. El soldado permanecía en posición de firme, pero miró alrededor cuando oyó cerrarse la puerta. El comandante todavía no le miró, pero pasó por su lado ojeando los papeles y dijo:

—Bien, soldado. Descanse.

Y no parecía ser hombre duro. Sentándose, colocó los papeles sobre el despacho y los encuadró, apartándolos. Por último se reclinó en su lustrado sillón de cuero giratorio, y contempló fijamente al soldado.

Lo que vio fue un grandullón con cabello amarillo y piel entre rosa y rojiza y la clase de hombros y pecho que producen la impresión de que la camisa se ensanche a la vez. Tenía unos brazos macizos y mantenía el rostro inexpresivo.

Hasta entonces el comandante no le había dicho al soldado que tenía la carta. O sea que el soldado no sabía el motivo por el cual se encontraba allí.

—El escribiente de la compañía me dice que usted es algo así como un solitario, Smith. Parece ser que escasas veces se reúne con los demás.

El soldado se limitó a responder:

—Sí, señor.

Siempre le gustaba dejar al otro tipo que llevara la charla hasta el máximo posible.

—¿Qué hace usted para divertirse?

—Me agrada caminar. En casa, suelo pescar. Y cazar.

Esperó algún comentario y, al no replicarle el comandante, el soldado tuvo que añadir:

—Por aquí, poco hay de esto. Quiero decir, zorros y tejones. Ni siquiera conejos.

El comandante miró sus papeles y expuso:

—Seguramente echará mucho de menos la pesca y la caza.

—Pues, sí, señor, lo confieso.

—¿Tiene alguna novia en su pueblo, George?

Y esta vez el comandante le llamó George.

—Claro que sí, sí, señor.

—Ahora, irá de vez en cuando a la ciudad, ¿no?

George se dio cuenta de lo que quería significar la pregunta y se limitó a negar con la cabeza.

El comandante recogió un papel y lo examinó para ver si había algo escrito al dorso. No había nada escrito en el dorso. Era un papel azul y tenía dos líneas escritas. Entonces fue cuando George empezó a mirarle fijamente.

Le miraba con la misma fijeza que el comandante lo hizo durante el resto del tiempo que estuvo allí, pero desde más lejos. El comandante parecía estar a punto de decir algo sobre aquel escrito, pero no lo hizo. Preguntó:

—¿Qué anda usted cazando, George? Quiero decir, ¿qué es lo que saca usted de esto?

Esperó, mirando el papel escrito, y al no obtener respuesta alzó la vista para fijarla en el soldado. Y entonces dijo blandamente y con prolongada lentitud:

—E... E-e-e-e-h...

Se puso en pie, dirigiéndose al extremo opuesto del cuarto, rápidamente, pero caminando de lado, estudiando el rostro del soldado todo el tiempo, sin perderlo de vista, mientras cogía un vaso, lo llenaba de la bombona frigorífica y, regresando, se lo tendía al soldado, diciéndole:

—Ea... Beba un poco; será mejor.

La cara del soldado tenía una blancura de huesos descarnados recientemente. Gotitas de sudor le bañaban todo el semblante. Estaba temblando y sus ojos semientornados permitían ver su expresión vidriosa.

Cogió el vaso, pero no parecía saber lo que estaba cogiendo. No bebió, sino que se limitó a sostenerlo ante él. Seguía mirando con fijeza el papel azul. También el comandante miró al mismo sitio, y en aquel momento estalló la explosión.

El vaso pareció explotar, pero fue debido a que el soldado lo estrujó. Lo que iba a seguir era saltarle encima al comandante y este lo comprendió, ya que se puso tan lívido como el soldado. Pero lo que salvó la vida del comandante fue la mano que tendía el soldado. Primero goteaba agua y luego empezó a gotear sangre.

La sangre, goteando, fue lo que salvó al comandante, porque cuando George Smith la vio, se quedó como si repentinamente se hubiera olvidado de que hubiese allí alguien o algo más. Lentamente se llevó la mano hacia el rostro. Los dedos se le abrieron, cayendo de ellos trozos de cristal ensangrentado.

Cerró la mano y se aproximó más el puño, olfateándolo. Lo abrió y a lo largo del borde exterior de la mano, bajo el meñique, la sangre brotaba donde se había cortado una pequeña arteria. En ese sitio aplicó George la boca.

El comandante debía haber pulsado algún botón bajo su mesa o alguna otra llamada oculta, porque la puerta se abrió rápidamente sin que nadie llamase en ella, y dos M. P. (Policías Militares) irrumpieron y agarraron a George.

Tras unos instantes el comandante tuvo que acudir en su ayuda y luego penetraron otros dos M. P. y terminó el forcejeo.

El comandante sangraba por las narices y uno de los M. P. yacía tendido en el suelo, sin sentido. George volvió a chuparse el canto de la mano y permanecía resollando co-

mo un toro y contemplando la sangre en la cara del comandante.

Cuando los M. P. empezaron a arrastrar al soldado fuera, se detuvieron porque el comandante decía:

—Esperen un minuto.

Miró fijamente a los ojos de George Smith y le habló bondadosamente. Respiraba fatigosamente y sangraba, pero realmente le habló con afabilidad:

—¿Qué pasó, soldado? ¿Qué dije yo?

George miró los papeles del despacho y después al comandante, sangrando, y se chupó de nuevo la mano sin decir nada. Durante tres meses no dijo nada porque supuso que ya había dicho demasiado.

Empaquetaron el expediente y el soldado y enviaron a ambos a los Estados Unidos.

## 2

George Smith tenía veintitrés años por aquella época. Procedía de Kentucky, de arriba de las colinas. Había colinas con bosques y colinas con granjas y de vez en cuando alguno de esos pueblecitos que crecen como el musgo en torno a un charco. Pequeños pueblecitos que crecen alrededor de un cruce de carreteras o de un hoyo en la tierra como, por ejemplo, una mina.

George procedía de un pueblo minero. Sus padres eran de la comarca antigua, y se casaron allí. El padre trabajaba en Charleston, Carolina del Sur, cuando conoció a la que iba a ser su esposa.

Probablemente la única razón por la cual se casaron obedeció a que ella era la única muchacha que conocía que podía hablar con él. Seguro que no había nada más que valiera la pena entre ellos. Solitarios. Hay gente que se

va haciendo solitaria poco a poco y después se unen entre sí para seguir siendo solitarios juntos.

Cuando fueron a Kentucky a fin de que él pudiese trabajar en las minas, siempre permanecían apartados de los demás porque nunca pudieron aprender mucho inglés. Fuera lo que fuese lo que él necesitaba, amigos o algún sitio donde echar raíces o ser alguien, intentaba encontrarlo en el fondo de una botella.

Lo primero que George podía recordar era a su padre bramando borracho y a su madre chillando, y a veces también George chillaba. Esta no era la clase de recuerdo de una cosa exactamente como sucede y uno la recuerda. No era algo que ocurriese una vez y quedase grabado, sino como una luz de color o un aroma pestilente dentro de los cuales uno vive todo el tiempo. Y hambre. Hambriento.

Prácticamente todo el tiempo hambriento. Hambriento en la espera de que el padre regresase a casa y algunas veces no se presentaba. Otras, venía tarde y una sola palabra acerca de ello bastaba para que empezase a dar golpes. Y uno se daba cuenta de que cuando la madre chillaba, uno ya no sentía hambre.

Pero pese a todo, por allí había cosas agradables. Como, por ejemplo, los bosques. Se podía caminar por los bosques y saber dónde se estaba, primero un poco lejos de casa, luego más, y finalmente, en cualquier sitio libre. Los bosques bajo la lluvia, o con nieve; los bosques, hasta cuando uno estaba hambriento, no le podían hacer daño como a uno le hacían en casa.

Se podía morir en los bosques o ser matado, pero los bosques no se emborrachaban, los bosques no daban puñetazos en la cara de la madre de uno.

Se está siempre estupendamente cuando se sabe penetrar por los bosques. Casi diría yo que los bosques son suaves y las ciudades son duras. Uno puede tenderse en los apacibles bosques y beber, pero no en las ciudades, no con gente siempre dividida en grupos rivales y quisquillosos.